

Todos Tenemos un Don

Mamá siempre decía que yo tenía muy buena vista. En mi opinión, considerando que sin unas buenas gafas apenas podía diferenciar un árbol de un oso, más que “buena vista”, mi don era encontrar cosas que escapaban a la percepción de los demás. Porque todos tenemos un don. Algunos son unos genios que revolucionan nuestra realidad; otros simplemente no pueden evitar gustar a todo el mundo; y luego estamos los humildes, los que nos conformamos con tener mejor suerte que otros. No me verás quejarme por ello. No en esta vida.

Durante mis años más jóvenes fui testigo de increíbles logros sin los cuales nunca me habría atrevido a decir estas palabras. Como, por ejemplo, cuando encontré el trozo de muela que se le había desprendido a mi madre en una playa de piedrecitas blancas. O como cuando, jugando con una azada en el huerto de mi abuelo, encontré una caja enterrada, salvaguardando la consola que mi hermana escondió años atrás solo para fastidiarme. O como cuando, dando un paseo rutinario entre espigas, me desvié sin aparente motivo, encontrándome con un pequeño zorrillo que dormía al sol sobre un pedazo de hierba. Más que buena vista, un instinto latía en mí, guiándome aun cuando mi consciencia no podía ni imaginarse qué nos depararía.

Estaba empezando a ser consciente de este don cuando decidí rendirme por completo a él. Estaba regresando a casa cuando vi (presentí, podríamos decir) las nalgas de un perro ascendiendo por una colina, justo antes de que desapareciera entre arbustos. Sin dudar, reconocí ese inconfundible trasero de largos flecos blancos y esa negra cola torcida, perteneciendo a ningún otro perro que al mío. Llevaba desaparecida un día y no tenía mucha pinta de que le apeteciera volver pronto. Llámame posesiva si te place, pero pensar en todo lo que le podía pasar a mi pequeña bestia al ir por su cuenta me ponía enferma.

Sin pensármelo mucho, fui tras su rastro, segura de que mi radar interno me llevaría hasta ella y haciendo lo que menos me gustaba en el mundo: correr. El olor a lluvia era fuerte en el ambiente en mitad del persistente chaparrón, el cual no haría mi persecución particularmente sencilla. Me cubrí la cabeza con la capucha sin ver prácticamente nada, pues las gotas de lluvia distorsionaban los cristales de mis gafas, y sintiéndome torpemente alta con mis tacones de veinte centímetros de barro. Pero, como mi abuelo diría: no hay mal que por bien no venga. No ver significaba que no podía distraerme con

todas las bolsas de comida basura, cartuchos de escopeta, flores de plástico y botellas que habían ido cubriendo el paisaje durante años. No ver significaba que mi don podía trabajar sin ser engañado por mis sentidos.

Si mi perra escuchó mis llamadas, las ignoró como bien había aprendido a hacer de mí. Avancé por el sendero, me caí tras resbalarme en una pequeña inclinación, y seguí por la hierba con medio cuerpo cubierto de barro. Me pregunté con rabia porqué los cineastas habían romantizado el molesto e irritante paseo bajo la lluvia hasta convertirlo en algo que parecía satisfactorio, incluso hermoso. Si en ese momento alguien me hubiera visto, escalando la colina con manos y pies embarrados, calada hasta los huesos y las gafas empañadas, me habrían confundido con un monstruo del lodo.

Durante más de una hora, bajo una lluvia que nunca se detenía, busqué a mi perra y dudé de mí misma. Tal vez no tenía más que paja en la cabeza; fantasías que al mundo no le costaría prender fuego, como hacía con todo. Quizá todas esas ocasiones en las que algo extraordinario se manifestaba solo ante mí habían sido cuestión de casualidad. ¿Podía ser que todo fuera tan ilógico y absurdo como el azar?

Bajando por la colina, mis esperanzas me habían abandonado. Lo mejor sería regresar a casa y esperar a que nuestra perra regresara cuando le apeteciera... si no le pasaba nada malo antes. Mi incompetencia había acabado con mis expectativas y mi ánimo. Poco a poco, me agaché sobre una roca saliente y dejé caer las piernas para descender. Papá, quien no dudo en reconocer a este monstruo de lodo desde el pie de la colina, me contó más tarde cómo, de haber seguido bajando, me habría despeñado y posiblemente matado sin siquiera enterarme. Desde mi posición y sin ver nada que estuviera a más de un palmo de distancia de mi cara, bajar por aquella roca me parecía tan buena idea como cualquier otra. Por qué no continué mi camino y me maté trágicamente, te preguntarás. Es tal y como he estado intentado explicar todo este tiempo: todos tenemos un don. El mío era encontrar lo que nadie podía encontrar. Y fue precisamente en ese instante en el que estuve a punto de saltar de la roca cuando miré por encima de mi hombro sin aparente razón. Mi perra estaba a un metro de mí, sentada junto a un árbol, resguardándose de la tormenta y mostrándome su mejor perfil, camuflándose con el paisaje. Todavía ignorante de que la muerte me había agarrado de los tobillos, me puse en pie y fui hacia ella, atrapándola mientras seguía haciéndose la sueca. Llegamos a casa cansadas y chorreando: mi perra mosqueada por la deprimente conclusión de su fiesta; yo brillando de felicidad; y papá al borde del infarto.